

Precisiones sobre el género literario de *La Pícaro Justina*

El *Libro de entretenimiento* es, sobre todo, un relato burlesco que deforma, caricaturiza y parodia, tanto en la composición formal, como en la «invención» o en la «elocución». Si falsea historias sagradas o profanas, también deforma giros lingüísticos usuales, al igual que altera conscientemente los módulos constructivos que parece imitar. Si mezcla anécdotas diferentes para crear otras nuevas, también forja palabras mediante la fusión de otras anteriores, y conjuga, en la disposición de sus materiales, esquemas morfológicos picarescos, retóricos, folklóricos y teatrales. Si inventa nuevas transformaciones mitológicas o jeroglíficas originales, hace lo propio con juegos de vocablos, términos y la composición general. Si es una clara parodia del sistema estructural de *Guzmán de Alfarache*, de las misceláneas, o de la Retórica, se burla por igual de anécdotas míticas o animalísticas y ridiculiza fórmulas lingüísticas habituales.¹

Todo es, pues, en principio, burla, deformación, falseamiento, caricaturización y sátira. Ni siquiera la propia pícaro escritora escapa de estas constantes, pues se autoconfigura de manera conscientemente contradictoria y se mofa de sí misma.² A la impresionante parodia de este magno libro de burlas no escapan ni personas concretas, ni la realidad social, ni la literatura contemporánea, ni sus bases eruditas o científicas, ni sus materiales (del mundo animal, de *La Biblia*, del universo mitológico, de la historia pagana o de la emblemática), ni siquiera los principios ideológicos que rigen en su fondo a todo este conglomerado histórico, social y cultural.

Pues bien, la cuestión que nos planteamos en este momento es la de indagar si el cauce narrativo en el que expresa Francisco López de Úbeda su burla prolongada es, en sentido estricto, la novela picaresca; para lo cual, se hace necesario saber, en principio, en qué medida se inserta en la tradición del género picaresco.

Por lo que se refiere a sus relaciones con el *Guzmán de Alfarache*, Marcel Bataillon,³ primero, y Alexander A. Parker,⁴ a su zaga, han demostrado palpablemente la continua réplica burlesca que López de Úbeda proyecta directamente sobre la genial creación de Mateo Alemán en su primera parte (1599), y sobre la continuación apócrifa

¹ He tratado todas estas cuestiones por extenso en mi tesis doctoral inédita, El carácter paródico de la Pícaro Justina, leída en la Universidad Autónoma de Madrid en julio de 1978.

² Acerca de la conformación dual y contradictoria de la protagonista, puede consultarse mi artículo «La compleja faz de una pícaro: hacia una interpretación de *La Pícaro Justina*», de próxima aparición en la Revista de Literatura.

³ Marcel Bataillon, «La picaresca. A propósito de *La Pícaro Justina*», en *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1968, págs. 175-199.

⁴ Alexander A. Parker, *Los pícaros en la literatura*, Madrid, Gredos, 1971, págs. 90-98.

de Martí (1602). *La Pícaro* intenta superar en ingenio y, simultáneamente, parodiar al *Pícaro* alemaniano. No hay duda de ello.

Como quiera que el asunto ya está estudiado, no hago más que apuntarlo, sin entrar en él, aunque sí quiero destacar —hecho que no se señala tanto— que el médico chocarrero conocía también el *Lazarillo de Tormes*, libro que cita en varios momentos y cuyo héroe es, según creo, modelo del astuto mochilero que acompaña a Justina durante sus andanzas de romera. Así lo prueba el hecho de que la pícaro, que no es precisamente ciega, le llame lazarrillo («venimos cantando yo y mi lazarrillo —que el cantar alivia el cansancio—», p. 600).⁵ Además, en su respuesta a la carta del bachiller Marcos Méndez Pavón, le dice: «con cebo de amor, llegastes y quedastes oliendo el poste, como el amo de *Lazarillo*» (p. 448). Aludiendo, indudablemente, al último acaecimiento sucedido entre Lázaro y el ciego, su primer amo, de quien se despide, tras hacer que se diera un golpe contra un poste, diciéndole: «¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste?»⁶

La relación que López de Úbeda establece con *el de Tormes*, más que de superación, es de ridiculización rayana en menosprecio, puesto que ni siquiera le considera digno de su parodia, a diferencia de *Guzmán de Alfarache*. El médico bufón, a través de la implícita ligazón que establece entre el mochilero y *Lazarillo*, sugiere con claridad la subordinación de éste a Justina; es decir, que le considera un picarillo secundario, aprendiz de pícaro, bajo las faldas de la pícaro, consumada burladora. De ahí que el grabado inicial del *Libro de entretenimiento* introduzca en la nave de la vida picaresca a Justina, Guzmán y Celestina, mientras que Lázaro queda relegado a una ancilaria y subordinada barquichuela de acompañamiento. De ahí que la pícaro diga de su picarillo —a través del cual alude a Lázaro— que realizaba argucias a su sombra, «conforme a su capacidad, que no se puede pedir más a un muchacho de poca edad» (p. 600), considerándolo siempre como simple imitador, inferior en edad, capacidad y astucia.

Es, en fin, obvia la inserción de la obra dentro de la familia picaresca, ya que todos sus vástagos conocidos están presentes, en mayor o menor medida, en la autobiografía de Justina. Puesto que *El Buscón*, escrito hacia 1604⁷, no fue publicado hasta 1626, y *El Guitón Honofre*⁸ de Gregorio González, redactado por las mismas fechas que la novela de Quevedo, ha permanecido inédito en forma manuscrita hasta hace unos años.

Por otro lado, la influencia del abolengo literario que arranca de *La Celestina* es patente en *La Pícaro*, hija de una «segunda Celestina» —según propia confesión— y plenamente ligada en su origen a la inmortal creación de Fernando de Rojas y a sus epígonos. En concreto, me parece bastante relacionada con *La Lozana Andaluza* (Venecia, 1528) de Francisco Delicado, la primera obra de la literatura española que centra su atención en el tratamiento de una criatura humana vil y despreciable, una prostituta, de manera

⁵ A partir de ésta, todas las citas de la obra corresponden a mi edición, *La Pícaro Justina*, Madrid, Editora Nacional, 1978.

⁶ *Lazarillo de Tormes*, Ed. de Fr. Rico, *La Novela Picaresca Española*, I, Barcelona, Planeta, 1967, pág. 27.

⁷ Como ha demostrado F. Lázaro Carreter, en su trabajo *La originalidad del Buscón*, incluido en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1966, págs. 117-122.

⁸ Gregorio González, *El Guitón Honofre*, Ed. de Hazel Genéreux Carrasco, *Estudios de Hispanófila*, 1973.

plenamente seria y comprensiva. En *La Lozana*, además, si bien no existe la forma autobiográfica de modo pleno, en cambio sí aparece implícita en su constante dialogar (es un relato dialogado, como es sobradamente conocido), y hay, también, un fragmento totalmente autobiográfico en el que Lozana cuenta a unas sevillanas su vida con Diomedes (mamotreto 8).

Justina coincide con su predecesora andaluza en una serie de rasgos fundamentales de su personalidad, que son los siguientes:

- a) Ambas son fáciles, agudas e impenitentes habladoras.
- b) Las dos son avispadas, inteligentes e ingeniosas desde su niñez, y, del mismo modo que las andaluzas de Roma vaticinan que la agudeza de Lozana la llevará al triunfo («desde su niñez tuvo ingenio, memoria y vivez grande»), la madre de la pícara le dice que será «flor de su linaje».
- c) El afán básico de independencia y libertad, de vivir conforme a sus gustos y designios individuales es otro de los factores de semejanza.
- d) Lozana supera a todas las cortesanas de Roma en su «oficio», como Justina en ingenio a todos los pícaros.
- e) Si Justina está calva a consecuencias de unas «bubas» procedentes del «mal francés», Lozana, por el mismo motivo, está, no sólo calva, sino también con la nariz roma.
- f) Las dos son prostitutas, una de forma abierta, la otra veladamente.

Todos estos aspectos similares pueden explicarse, bien por influencia directa, bien —y parece más probable— a través de «la celestinesca» en general. De modo que *La Pícara Justina*, según parece, no sólo está integrada en la tradición puramente picaresca, sino que también se sumerge en el linaje celestinesco, que, como es bien sabido, es uno de los soportes de donde arrancan los pícaros literarios.⁹

Una vez conocida la genealogía picaresca del *Libro de entretenimiento*, es necesario comprobar cómo la utiliza y hasta qué punto su inmersión en ella le define como uno de sus vástagos legítimos.

Sobre este punto existen diversas opiniones entre la crítica más autorizada. La mayoría de los estudiosos no entran directamente en la cuestión de si es o no una novela picaresca, y la soslayan señalando únicamente las abundantes peculiaridades de la obra. Otros se manifiestan en contra, y entre ellos destacan Alberto del Monte y Marcel Bataillon. El primero afirma que «pese a algunos datos estructurales —pseudo-autobiografía, genealogía, peregrinajes de aventura en aventura—, *La Pícara Justina* no es una novela picaresca, sino la burla de un bufón de corte que, aprovechando el éxito de la novela de Alemán, utiliza una problemática ético-social para burlarse de ésta y complacer a sus señores».¹⁰

Marcel Bataillon, el crítico que más y mejores páginas ha dedicado al relato de López de Úbeda, también se manifiesta en contra de su inclusión en el género que iniciara el de Tormes, pues dice que «sin duda ninguna, si Justina ya desde el título de la obra

⁹ Martín de Riquer, *La Celestina y Lazarillos*, Barcelona, 1959.

¹⁰ Alberto del Monte, *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, Lumen, 1971, pág. 104.

se ve bautizada de pícaro, es para dar al lector la sensación de que está ante una réplica a la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*.¹¹ De ahí la falsa autobiografía y el hecho de que diga estar casada con Guzmán en terceras nupcias. En realidad, dice Bataillon, no es una novela picaresca, sino «una obra que podemos calificar de compleja *ficción-mascarada*»,¹² en la que todo lo picaral es un mero disfraz bajo el que se oculta una cortesana, o mejor, un cortesano. Por la misma razón que tras Mansilla se oculta Valladolid, o tras Medina de Rioseco, Madrid, tras la pícaro se vela una mascarada. «Justina —dice el profesor francés— es una encarnación de la desvergüenza ciudadana disfrazada de pueblerina, del mismo modo que las damas de la capital acostumbran a disfrazarse de villanas»,¹³ por lo cual, la concepción picaresca de la obra depende, en buena medida, de la costumbre cortesana de disfrazarse. Dentro de la novela hay, incluso, algunas «picaradas» o «mascaradas» a lo pícaro, como se ve en el episodio del rapto de Justina por parte de la bigornia estudiantil, cuyos componentes van «disfrazados de canónigos y arcedianos a lo picaral», y cuyo jefe, Pero Grullo, figura de «obispo de la picarazona». Se trata, en realidad, de una verdadera fiesta de disfraces a lo pícaro inserta dentro de la narración, según los gustos cortesanos del momento.

Es claro, pues, que las razones de Bataillon son ciertamente sólidas (A. del Monte no hace más que glosarlas), aunque yo no creo que invaliden la condición picaresca de la novela, y pienso que la «mascarada» es una innovación más entre las muchas que aporta al género el médico bufón. En realidad, su obra permanece por derecho propio dentro del género del *Lazarillo de Tormes* (independientemente de que sea una parodia del *Guzmán de Alfarache*) porque, según espero demostrar, usa sus componentes fundamentales, y no lo hace por puro placer, sino a causa de una finalidad ineluctable.

De los elementos fundamentales que definen la poética inicial del género,¹⁴ prácticamente todos están presentes en el *Libro de entretenimiento de La Pícaro Justina*:

- a) La autobiografía como marco de la narración.
- b) La sucesión de aventuras en un viaje como esquema argumental.
- c) Narración cerrada y vida inconclusa.
- d) Justificación del relato por el principio y el final.
- e) Punto de vista único sobre la realidad.¹⁵

En cuanto a la configuración de Justina como pícaro, aunque hay más innovaciones, creo que, en general, respeta el sistema fraguado por Lázaro y Guzmán:

- a) El pícaro como encarnación del anti-honor.¹⁶
- b) La mendicidad¹⁷ (aunque sea una burla del *Pícaro* en esto, como en casi todo).

¹¹ Marcel Bataillon, *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1968, pág. 187.

¹² *Ibid.*, pág. 189.

¹³ *Ibid.*, pág. 44.

¹⁴ Sigo en este concepto, fundamentalmente, a F. Lázaro Carreter en su excelente estudio «Para una revisión del concepto "novela picaresca"», en «Lazarillo de Tormes» en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1972, págs. 193-229.

¹⁵ Acerca de la importancia de este rasgo, cf. Francisco Rico, La novela picaresca y el punto de vista, Barcelona, Seix Barral, 1970, págs. 95-141.

¹⁶ Creo que quien más ha profundizado en este aspecto ha sido Marcel Bataillon, en «Hacia el pícaro (sentido social de un fenómeno literario)», en *Pícaros y picaresca*, págs. 203-243.

- c) La delincuencia.¹⁸
- d) El afán de ascenso social.¹⁹
- e) Genealogía vil.
- f) Encuentro con un mundo hostil.
- g) Malas compañías.
- h) El ingenio como arma principal para sobrevivir.
- i) Condición habladora.²⁰
- j) Excusarse acusando.²¹

También es capital, al igual que en las aventuras de *Lazarillo* o del *Pícaro*, la dialéctica interna entre la apariencia y la realidad.

Todos estos aspectos fundamentales del género están presentes en *La Pícaro Justina*. Ahora bien, ¿cómo se desarrollan? ¿De qué manera se configuran? Aquí radica el problema que espero resolver satisfactoriamente.

Entre los rasgos meramente estructurales planean problemas a), d) y e). En cuanto a los caracteres del pícaro, son cuestionables b) y f) solamente. Este hecho, sin más, nos encamina, a lo que creo, hacia el género literario de *La Pícaro* con claridad, porque, además, los problemas no son obstáculos insalvables.

Alterando el orden, y comenzando por los rasgos del pícaro, no hay duda de que Justina, como buena pícaro, encarna el antihonor y, mientras adopta una cara ante la sociedad, esconde otra de ella, con lo que representa en su vida una parodia del concepto externo y superficial del honor, que sólo reside en opiniones de los demás y en elementos superficiales y aparentes.²²

La fase mendicante de Justina es, ciertamente, una burla de *Guzmán de Alfarache*, ya que la pícaro se disfraza de pobre envergonzante por pura codicia, para comprarse una joya de la que se ha encaprichado, mientras que Lázaro pedía limosna por necesidad y hambre, al igual que Guzmán, al menos en parte, que además justificaba su etapa mendicativa con la pretensión de descubrir las mañas y trucos de los falsos pobres.

La delincuencia no plantea problemas importantes, porque tanto Guzmán como Justina son ladrones y estafadores. De modo similar, el afán de ascenso social que mueve a Lázaro y a Guzmán es también observable en la heroína, que al igual que aquéllos acaba por ser finalmente ridiculizada en sus pretensiones. Lo que diferencia a la pícaro de

¹⁷ Para esta cuestión, desde distintos puntos de vista, son de imprescindible consulta, José Antonio Maravall, «Pobres y pobreza del medievo a la primera modernidad (para un estudio histórico-social de la picaresca)», en Cuadernos Hispanoamericanos, 367-368, enero-febrero de 1981, págs. 189-242, en concreto sobre *La Pícaro Justina*, pág. 225. Y Edmond Cros, «Del Lazarillo al Guzmán: ensayo de definición del pícaro», en Mateo Alemán. Introducción a su vida y a su obra, Salamanca, Anaya, 1971, págs. 173-183.

¹⁸ Cf. simplemente Alexander A. Parker, Los pícaros en la literatura, Madrid, Gredos, 1971.

¹⁹ Vid. José Antonio Maravall, «La aspiración social de "medro" en la novela picaresca», en Cuadernos Hispanoamericanos, 312, junio de 1976, págs. 590-625.

²⁰ Cf. Gonzalo Sobejano, «Un perfil de la picaresca: el pícaro hablador», en Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa, III, Madrid, Gredos, 1975, págs. 467-485.

²¹ Vid. José F. Montesinos, «Gracián o la picaresca pura», en Ensayos y estudios de Literatura Española, Madrid, Rev. Occidente, Col. Selecta, 1970, págs. 141-158.

²² Vid. nota 2. En el artículo citado he demostrado la bipolaridad de la personalidad de Justina a que me refiero ahora.

sus predecesores es la burla implícita de su compleja mezcla social y casticista: «montañesa», a la vez hidalga y «cristiana nueva», con ínfulas de dama, que se disfraza de morisca y es aldeana de profesión mesoneril. Todo ello hace que el anhelo escalador de Justina tenga mayor contenido satírico en lo que a los problemas de la honra y la genealogía se refiere.

La ascendencia, plenamente marcada por su vileza, sigue también el esquema que iniciara el de Tormes y continuara Alemán, aunque la mesonera burlona lo hiperboliza al máximo, por dos razones: 1) Porque Justina comienza su autobiografía en el momento mismo de nacer, y, jocosamente, vuelve a introducirse en el vientre de su madre, porque —dice— tiene frío. 2) Porque el linaje deshonoroso de la heroína está mucho más henchido de «manchas» de toda índole (sociales, morales, religiosas, casticistas), y, además, no se reduce a los vicios de sus padres (como Lázaro), ni añade sólo una abuela (como Guzmán), sino que se remonta hasta sus tatarabuelos, pasando por abuelos y bisabuelos.

Por lo mismo, el determinismo radical de la herencia es aún mayor en Justina que en los fundadores del género, al igual que el ambiente es más negativo. La dialéctica básica entre determinismo y libertad, generadora de acciones en el *Guzmán de Alfarache*, es también funcionalmente nítida en *La Pícaro*, que, más condicionada que ninguno de sus congéneres por la herencia y el ambiente, se ríe de ello, jactándose a menudo de vivir conforme a su gusto y libertad («en Justina, de gusto y libertad hay una mina»).

En cuanto a su carácter parlero, a su condición locuaz, no hay duda tampoco de que la mesonera supera por exageración a sus antecesores, pues su parla incesante no se limita a narrar su vida, ni a dirigirse al lector, o a su otro «yo» (como Guzmán), sino que incluso tiene como interlocutores objetos inertes, plumas, pelos, manchas de tinta, tinteros, papeles...

El procedimiento básico de la moral picaresca es utilizado por la heroína a la perfección, excusando sus numerosas tachas con el mecanismo picaral de acusar a los demás de ellas, que en este caso son todas las mujeres, con lo que funda la misoginia como carácter inherente a las novelas de pícaro, al cargar sobre el sexo débil en general sus incontables culpas.

Justina, de otro lado, se sirve del ingenio como principal medio de solventar cuantas situaciones embarazosas encuentra en su deambular, y lo hace superando en ocasiones a todos sus predecesores masculinos, como sucede en el cambio del agnus por el Cristo de oro del fullero Marcos Méndez Pavón.

Finalmente, era condición esencial al realismo de la autobiografía la transformación del niño ingenuo en pícaro, el paso de la inocencia a la malicia que se desarrollaba simultáneamente al descubrimiento de que el mundo era un enemigo en el que un desaharrado sólo podía sobrevivir con su agudeza. Justina, de nuevo, innova este rasgo, pues se jacta de ser pícaro «de ocho costados», *ab initio* —«desde labinición», dice ella—. Para la astuta leonesa (puesto que no hay sentido realista en la obra) el descubrimiento del mundo hostil no es una experiencia amarga que marca su vida, sino un obstáculo más del que sale victoriosa. No hay, en verdad, «despertar de la pícaro», que está ya bien despierta desde el primer momento. Ella misma critica a Guzmán por esa falta de picarismo total (es decir, por su parcial humanidad), cuando dice lo siguiente: «Vean

que sois pícaro de ocho costados, y no como otros, que son pícaros de *quién te me enojó Isabel*, que al menor repiquete de broquel se meten a ganapanes. Una gente que en no hallando a quien servir, cátales pícaro, y, puesto en el oficio, vive forzado y anda triste contra orden de picardía. Yo mostraré cómo soy pícaro desde labinición (como dicen los de las gallaruzas), soy pícaro de a macha martillo» (págs. 170-71). Y ello, otra vez, a causa de su insistencia y ahondamiento en las lacras de su herencia, en los factores deterministas con que nace la pícaro montañesa.

Por lo que se refiere a las características morfológicas del género picaresco, hay más problemas. La sucesión en viaje de peripecias diversas se jerarquizaba y dirigía perfectamente hacia un fin concreto en *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*: el «caso» de Lázaro y la «conversión» de Guzmán explicaban y justificaban desde su posición final todos los elementos de la narración. Las aventuras de Justina, en cambio, no están organizadas ni jerárquica ni coherentemente, ya que son una mera serie de sucesos unificados por el personaje, que es a la vez protagonista y narrador, pero que no los encamina ordenadamente hacia ningún lugar definido, lo cual, desde el punto de vista novelesco, constituye un retroceso al esquema que el *Lazarillo* había logrado superar. De ahí la exigua calidad narrativa del *Libro de entretenimiento*.

Ahora bien, este desorden, esta sarta deshilvanada de episodios están explicados, según creo, por el principio y el final del relato, aunque las peripecias no estén ordenadas. Y es que el desorden no implica necesariamente falta de justificación, aunque sí carencia de sentido vital y realista. Porque, de hecho, la hiperbólica y determinante estigmatización de la herencia inicial, por un lado, junto a la conclusión de la novela con la irónica boda de Justina (con un hidalgo tahir que la abandona la noche de bodas para jugar unas manos), por otro, enmarcan bien el desordenado desarrollo de su vida, al tiempo que explican esos hechos deslavazados que hay entre ambas pautas. Y ello, a causa de que todos los avatares de la autobiografía de Justina se proyectan obligadamente sobre el principio y el final, con el fin de mostrar que, a la vez, se cumple y se transgrede la ley hereditaria. Y es que, a lo que creo, no hay que buscar justificaciones novelescas en *La Pícaro Justina*, porque como narración es bastante floja, pero sí indagar otro tipo de factores que ayuden a aclarar esos retazos sueltos de vida existentes, aunque sea desde una perspectiva semántica e intencional.

Lo mismo podemos decir de la autobiografía, que, como afirma F. Rico,²³ se convierte en un puro molde carente de sentido, pero igualmente, desde un punto de vista narrativo, ya que si la juzgamos desde los módulos internos del relato, esto es, desde su axial carácter burlesco-satírico, todo se halla explicado. Y ello, porque la utilización del «yo» autobiográfico como único esquema constructivo, según creo, no sólo está justificada plenamente, sino que es necesaria e imprescindible al *Libro de entretenimiento*, puesto que éste pretende ahondar hasta el límite en la problemática de los factores hereditarios supuestamente inevitables, por lo que se hace preciso que *alguien* relate su propia vida y, después de haber desarrollado hiperbólicamente sus innumerables tachas de sangre, se ría de ellas y viva en clara contradicción con las mismas, a fin de parodiarlas.

²³ Francisco Rico, op. cit., págs. 118-120.

Ese *alguien*, además, tiene que ser forzosamente un pícaro o una pícara, un ser de la más baja extracción social, más claramente predeterminado, por ello, que cualquier otro al mal, a la prostitución, al deshonor..., que luego, en cambio, simula vivir como una mujer honesta y casta.

En cuanto a los razonamientos de Bataillon, los más sólidos sin duda, me parece que, no obstante su veracidad, pecan de parcialidad en la visión. Y es que, si no hay duda de que la picaresca es un disfraz, una máscara, tampoco la hay de que todo disfraz posee dos caras igualmente ciertas: la que se oculta (ciudadana) y la que se exhibe (picaresca). Al igual que el resorte clave de la disemia es, en palabras de Gracián, «un significar a dos luces», en el que son igualmente fundamentales las dos acepciones que entran en confluencia, en *La Pícara Justina* la mascarada tiene dos facetas, y la que se ve es la picaresca, por lo que su valor es tan importante como el de la otra faz que se vela. Disfrazarse de pícara implica adoptar actitudes de tal y vivir conforme a los módulos picarescos, que así se convierten en decisivos. Además, y esto me parece fundamental, elegir ese disfraz, y no otro, es de capital importancia, porque presupone una decisión nítidamente pensada y, casi diríamos que obligada.

El *Libro de entretenimiento de La Pícara Justina* es una novela picaresca por necesidad, porque no puede ser otra cosa, porque es obvio que su autor intenta, sobre todo, burlarse de las creencias de su época acerca de la imposibilidad de refutar el determinismo de ambiente y herencia. Y el único género que en los alrededores de 1600 trataba de manera exhaustiva estas cuestiones era el de *Guzmán de Alfarache*.

A causa de ello, la pícara hiperboliza hasta el límite sus condicionamientos hereditarios, se remonta hasta sus tatarabuelos e, incluso, hasta el origen del universo, hasta Eva, a través de la omnipresente misoginia. Y, para esto último, se sirve de un recurso básicamente picaresco, cual es excusarse acusando. Los aspectos ambientales son asimismo exagerados conforme a la tradición picaral, y, a pesar de todo, Justina vive en apariencia como una dama casta y pura.

Es decir, el libro de López de Úbeda no tiene razón de ser, si no es como novela picaresca. Que sea un disfraz o una burla no importa, porque ello no supone argumento alguno que invalide su inclusión en el género. Además, su carácter de máscara es una manifestación superficial más de la ley interna axial que ve todo como mezcla de elementos contrarios y busca la unidad en la dualidad, la perfección en la mixtura, como buena obra barroca.

Las innovaciones picarales de Justina implican, casi siempre, un ahondamiento en los inherentes rasgos hereditarios y ambientales del género, por lo que se explican «desde», «por» y «en» él.

Para nosotros no hay duda de que es una novela picaresca, que fundamenta además su inclusión en el género en algunas de sus constantes definidoras. Es necesaria la autobiografía para que alguien relate su herencia deshonesto en extremo. Es imprescindible que sea un pícaro a fin de que esté predeterminado hasta el límite máximo. Es mejor que sea una mujer para que esa ascendencia se remonte hasta el *Génesis* y pueda argumentarse que fue la primera mujer la que originó los males del mundo. Es clave que el protagonista sea picaresco porque tiene que ridiculizar los convencionalismos y las creencias de la época al respecto, transgrediéndolas después de haberlas asumido. Es,

asimismo, obligada su configuración picaresca porque nadie está inmerso en ambientes tan corrompidos como un pícaro, un ser marginado por excelencia.

Otras innovaciones de menos importancia proceden de su condición de mujer. Por ello no sigue el esquema de «mozo de muchos amos», ni realiza largos viajes, ni camina sola, a diferencia de los pícaros varones; por lo mismo, usa de su belleza y encantos, además del ingenio, a la hora de fraguar sus burlas.

Tampoco sufre hambre jamás, ni padece sus consecuentes estímulos azuzadores de la inteligencia, porque este rasgo, fundamental en el *Lazarillo*, va paulatinamente disminuyendo al compás de la evolución de la novela picaresca, hasta casi desaparecer. Guzmán pasa menos hambre que Lázaro, y Pablos, aunque caricaturiza el vacío estomacal durante su pupilaje con el dómine Cabra, en conjunto soporta un hambre menor que la del *Pícaro*. Descenso equiparable al que se desarrolla en el esquema de «mozo de muchos amos», que es básico en *el de Tormes* (sirve a nueve), menos importante en el *Guzmán* (criado de cinco), y todavía menos en la narración de Quevedo, cuyo pícaro sólo entra al servicio de Don Diego Coronel.²⁴

La Pícaro Justina es la primera novela picaresca de protagonista femenino de la literatura española, y todas sus innovaciones son usuales en un autor que desea demostrar su originalidad dentro del género, al que precisa para exponer cabalmente sus ideas. Siguiendo la concepción decisiva del género picaresco que ha desarrollado el profesor Lázaro Carreter,²⁵ nos parece incuestionable la inclusión de *La Pícaro* entre los vástagos narrativos del *Lazarillo*.

Por otra parte, el *Libro de entretenimiento* es, además de una novela picaresca, un relato satírico, siempre que se entienda su calidad de sátira, no como un género literario autónomo, sino más bien como una tonalidad que se inserta en otros géneros, ya que —en palabras de Highet— «las sátiras modernas escritas en prosa han adoptado casi siempre la forma de algún otro género literario, inyectando en él los asuntos y el espíritu de la sátira, que es lo que en sus tiempos había hecho Luciano».²⁶

La Pícaro Justina conlleva todos los elementos definidores que para la sátira ha especificado Matthew Hodgart:²⁷ 1) Su función principal es, en efecto, entretener, además de influir en la conducta humana. 2) Su personaje es, sin duda, un tramposo. 3) Se fragua y publica, ciertamente, en una sociedad sometida a rígidos tabúes, leyes y convenciones morales y sociales. 4) Sátira, en este caso, conforme suele suceder, implica parodia «de las formas... más valoradas por el mismo parodista»,²⁸ esto es, del *Guzmán de Alfarache* y, en menor medida, del *Lazarillo de Tormes*. 5) *La Pícaro* cumple también a la perfección su carácter de sática al tener como elemento constante la obscenidad, distinta de la pornografía, ya que no describe detalladamente los atractivos del gozo sexual, sino que lo erótico se configura como una parte más de la prolongada infracción

²⁴ Cf. Jesús Cañedo, «El "curriculum vitae" del pícaro», en *RFE*, XLIX, 1969, págs. 125-180.

²⁵ Fernando Lázaro Carreter, «Para una revisión del concepto "novela picaresca"», en «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1972, págs. 193-229.

²⁶ Gilbert Highet, *La tradición clásica*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1954, 2 vols., tomo segundo, pág. 33.

²⁷ Matthew Hodgart, *La Sátira*, Madrid, Guadarrama, 1969.

²⁸ *Ibid.*, pág. 23.

de los tabúes sociales. De ahí que Justina, claramente descrita como una prostituta a causa de los factores de herencia y ambiente, en cambio simula mantener su castidad durante todo el relato, aunque cualquier lector barroco se daría perfecta cuenta de su ocultación, de su verdadera faz non santa que se velaba en apariencia.²⁹ 6) Su contenido es, obviamente, grotesco. 7) Sus temas preferidos son, en efecto y como corresponde a la sátira, la política y las mujeres, especialmente éstas, a las que ataca acremente al echarles la culpa de todos los vicios de Justina. 8) Como sátira bien definida, utiliza constantemente juegos de palabras ingeniosos.

Verdaderamente, el *Libro de entretenimiento* cumple a la perfección todas las características que suelen diferenciar las sátiras de otras modalidades literarias. Sin embargo, no es sólo eso lo destacable, sino el hecho clave de que se encuadra, concreta y nítidamente, en un tipo muy especial de sátira barroca española, tal cual la enuncia Luis Alfonso de Carvallo en su *Cisne de Apolo* (1602). Las palabras de este conocido estudioso de la poética áurea parecen casi una definición determinada de *La Pícaro Justina*, por lo que las expongo a continuación: «*Sátira* se llama la compostura en que se reprehende o vitupera algún vicioso o algún vicio. Pero ya está recibida por murmuración, *apodo* o *matraca*, y por *figar* por la malicia de los que en nuestros tiempos usan mal dellas.»³⁰

La obra de López de Úbeda se encuadraría, entonces, o bien entre los que «usan mal dellas», o bien entre «las sátiras en burla y juego, especialmente entre amigos para entretenerse —son también palabras de Carvallo— que llaman *matracas* o *apodos*». ³¹ Es decir, en cualquier caso, con buena o mala intención —probablemente con ambas, a veces, según los casos—, se trata de una sátira denominada, *apodos*, *figas*, *matracas*, *vayas*... Y ello porque estos términos aparecen constante y obsesivamente en la obra, según la cual Justina es «única en dar apodos», experta en matracas, consumada figona e ingeniosa en dar vaya. De continuo la vemos, en efecto, en figa y contrafiga, dando vaya y matracas a todos cuantos se cruzan en su camino y se detienen a conversar con ella. El carácter de figa, vaya, matraca o apodo preside siempre el deambular de la mesonera burlona, que de este modo queda prefigurado como satírico, tal y como lo describe Carvallo, a la manera barroca española.

Y no podía ser de otra forma en un libro de burlas constantes, cuya motivación, hartamente reiterada por su autor, estriba en el hecho de que todas las criaturas gozan de un rato de diversión: «El contento fue el padre de las musas —dice Justina— y el abuelo de la poesía, y el Parnaso fue corte de la poesía por ser paraíso de los deleites.» (p. 600). La auténtica finalidad del *Libro de entretenimiento* (es bien sabido que la pretendida intencionalidad moral es una burla más), conforme el título sugiere, es divertir a los lectores. Y en ello no hace otra cosa que seguir la corriente de su época en una de sus vías, tanto a nivel poético y literario, como a nivel filosófico y sociológico.

Aunque, como en apariencia hace el propio López de Úbeda, todos los tratados poéticos y retóricos siguen defendiendo el «deleitar aprovechando» horaciano, de hecho,

²⁹ He desarrollado este problema en el art. cit. en la nota 2.

³⁰ Luis Alfonso de Carvallo, *El Cisne de Apolo* (1602), Madrid, CSIC, 1958, vol. II, pág. 62.

³¹ *Ibid.*, pág. 67.

cada vez más, va cobrando importancia primordial la función de entretener, a partir de finales del siglo XVI y principios del XVII; esto es, justo cuando, paradójicamente, se acentúa la presión moralizante.³² En concreto «en la novela —asegura Riley—, el entretenimiento es lo principal, pues es claro que de él depende en gran parte la efectividad de la otra función».³³

Justina reitera a menudo su idea clave de que la diversión es fundamental, para así justificar sus burlas satíricas, y dice, por ejemplo, que «no hay mejor rato que un poco de gusto. No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera todas cuantas cosas hay en el munto son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento» (p. 537). De este modo, se integra dentro de la corriente filosófico-médica contemporánea que va desde Castiglione y Villalobos hasta *Doña Oliva*. Esta es citada varias veces en la novela, y, una de ellas, directamente relacionada con la ideología que propugna el placer como factor imprescindible para conservar la salud humana. Así, con el fin de excusar y justificar sus fisgas y matracas, dice la heroína: «Lo demás que falta, dígalo *doña Oliva*, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; ¡ésta sí que era discreta!» (p. 538).

En efecto, Miguel Sabuco de Nantes (hoy sabemos que fue él quien escribió el conocido libro llamado *Nueva filosofía de la naturaleza humana* (1587), y no doña Oliva, su hija, a la que se le atribuyó siempre)³⁴ afirma que «el placer, contento y alegría son la principal causa porque vive el hombre y tiene salud, y el pesar y descontento, por que muere».³⁵

Pero no sólo son motivos artísticos y filosóficos los que explican que Justina pergeñe una burla detrás de otra, sino también el hecho de que la propia contextura social de su momento histórico siga, entre cortesanos, dichos rumbos, conforme asegura la *Fastiginia* de Pinheiro da Veiga, cuando dice que todas las damas nobles «son profesoras de la nueva filosofía de doña Oliva Sabuco, que busca la ocasión y origen de todas las dolencias en la tristeza que causan los decaimientos del cerebro, y el remedio de ellas es la alegría, que conserva y recrea; y así ninguna ocasión de gusto ni desenfado dejan perder, principalmente, como es salir de casa...»³⁶

La pícaro, en tanto que oculta a una dama cortesana, encaja perfectamente en la tradición de las burlas satíricas cortesanas, necesarias para la diversión y el entretenimiento que la nueva filosofía prescribía como remedio infalible de sanidad. Del mismo modo que Justina, las damas de la corte vallisoletana «se dicen sus remoques y palabras equívocas o de segunda intención... porque ordinariamente tienen un modo de hablar metafórico y de traslaciones, y no vulgar ni ordinario», y, con frecuencia, en el prado de la Magdalena, «hay muchas *matracas* de estudiantes que hacen trovas improvisadas y en competencia. Divididos en prosa y verso, *motejan* y zumban unos de otros y *dan*

³² Cf. P. E. Russell, «El Concilio de Trento y la literatura profana», en Temas de «La Celestina», Barcelona, Ariel, 1978, págs. 441-78.

³³ Edward C. Riley, Teoría de la novela en Cervantes, Madrid, Taurus, 1971, pág. 146.

³⁴ Marcel Bataillon cree que también López de Úbeda estaba en el secreto, op. cit., pág. 43.

³⁵ Obras escogidas de filósofos, Madrid, BAE, 65, 1953, pág. 342.

³⁶ Pinheiro da Veiga, *Fastiginia*, traducción de Narciso Alonso Cortés, Valladolid, 1916, pág. 131. Ya M. Bataillon señaló las interesantes conexiones entre la obra del portugués y *La Pícaro en Pícaros y picaresca*, pág. 186.

vaya a los que pasan». ³⁷ Así mismo, *El cortesano* (1561) de Luis Milán ofrece un inmenso repertorio de fisgas, vayas y apodos palaciegos, exactamente similares a los de *La Pícaro*, con la intención de dar «conversaciones para saber burlar a modo de palacio». ³⁸ La misma línea de matracas, apodos y vayas que intentan «motejar de...» siguen, por ejemplo, las obras de Villalobos o los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas de Hidalgo. En definitiva, pues, se trata de una serie de escritos varios, de muy distinta índole, pero coincidentes en el tipo de sátira que practica Justina, y define magistralmente Carvallo, otorgándole modalidad genérico-literaria.

Procedimientos estilísticos, medios, técnicas y propósitos del médico chocarrero coinciden con precisión matemática con la descripción que realiza el *Cisne de Apolo* de los que corresponden a fisgas, vayas, apodos y matracas: «Si son como no sean con ánimo de ofender, ni de pesadumbre, ni maliciosas, que llaman purezas, sino sólo con intento de *entretener, mostrar ingenio y dar gusto*» y dice Justina que pretende hablar «con donaire y gracia y sin daño de barras; que, si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal; que, si amago, no ofendo; que, si cuento, no canso; que, si una liendre hurto a la fama de alguno, le restituyo un caballo; que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan» (p. 127). «Y para esto es menester —prosigue Carvallo— mucha gracia natural, porque no se han de decir las cosas al descubierto, como decir sois tuerto o corcovado, sino con cierta cubierta, como tratando de *motejar* se dice en un *librillo de entretenimiento* (no olvidemos el título de la novela de López de Úbeda), que un motejador, para llamar a otro corcovado, le dijo: temprano habéis cargado. Y el otro le respondió: y bien temprano, pues no habéis abierto más de una ventana. Motejándole de tuerto. Así que de semejantes alegorías, comparaciones y símiles se ha de usar en estos *dichos satíricos*, procurando dar a entender el concepto que acá tenemos en nuestro entendimiento sin echarlo por la boca como el agua que está en la garrafa, que sin derramarla se echa de ver.» ³⁹

El *Libro de entretenimiento de La Pícaro Justina*, pues, como su título indica nítidamente, es una fusión perfecta de novela picaresca —segundo componente del sintagma— y sátira —primer componente—; es decir, es una novela picaresca satírica, que integra varias tradiciones de distinta procedencia en el seno axial del género picaresco, constituido así en el núcleo aglutinador de esos abolengos literarios dispares, que son, principalmente, los siguientes: misceláneas y literatura para-escolar en general, fabliellas, cuentos folklóricos, y todo el conglomerado del «exemplum» —jeroglíficos, historia de la antigüedad pagana o bíblica, anécdota de animales, fábulas, relatos mitológicos, chascarrillos...— Materiales variopintos que hallan toda su significación en el seno de la novela picaresca, básico por la intención primigenia de López de Úbeda: profundizar en los problemas sociales del supuesto determinismo de ambiente y herencia. Y es que «la escritora que se intitula *Pícaro* —dice Justina—... para fundar su intento debe probar que la picardía es herencia; donde no, será pícaro de tres al cuarto» (p. 167).

Antonio Rey Hazas

³⁷ *Ibid.*, respectivamente, págs. 125 y 111.

³⁸ Luis Milán, *El cortesano*, Madrid, Col. de Libros Españoles Raros o Curiosos, 1874, pág. 5.

³⁹ Luis Alfonso de Carvallo, op. cit., págs. 67-68.